

de poder y de influencia, puesto que gobernará por la opinión y para todos los franceses. Si algo pudiere temerse de su orgullo y de sus convicciones, todo debe esperarse de su fidelidad y de su afecto. Lo que Ollivier desea es el término de la anarquía ministerial. En guerra consta con los diputados de la oposición, huye de hallarse en enemistad con sus compañeros de gabinete. A una oposición disciplinada y revolucionaria, solo se puede oponer con éxito un ministerio fuerte y compacto. Si cada ministro viene de un partido, y conserva una camarilla, y tiene sus adeptos enemigos de los demás ministros, y funda su fracción de parásitos, y tiende á desacreditar á sus colegas en la opinión del soberano y á perderlos en las emboscadas del parlamento, llevando á la política entera esta sorda guerra del poder supremo, no hay, no puede haber ni salvación, ni esperanza. Y hé ahí la razón que le asistía para no ingerirse en gabinete ya formado y aguardar á un gabinete que él pudiera formar, inspirado en la unidad de pensamiento y conducido por la unidad de propósitos á la misma acción.

En estas cartas á primera vista consagradas á la causa pública, deslízase, como lo más natural y corriente, el veneno de las pretensiones personales. Duvernois habla de sí á cada línea. Emilio Ollivier no tiene inconveniente en quedarse con alguno de los ministros que más en las Tullerías privan, con Forcade, por ejemplo, director de la última elección general, más con dos condiciones: primera, que acepte su programa de gobierno y que tome á Clemente Duvernois por secretario, cargo en el que este se eclipsará y se desvanecerá en la política imperial, como se eclipsan y se desvanecen los astros en el sol. Cualse ve, no perdía el penitenciarío la ocasión; y si trabajaba por Emilio Ollivier, también trabajaba por sí mismo; como si todos, presintiendo el próximo fin, se apresuraran á repartirse las migajas del Imperio.

El diez de Noviembre, Ollivier parecía decidido á entrar después de las elecciones de

París, y antes de la reunión de la Cámara, con tal de que Forcade pasase del ministerio de la Gobernación al Consejo de Estado. El doce escribe al Emperador, después de pintarle cómo pasa sus días en la meditación, que la última reforma ha sido una serie de transformaciones profundas; que el secreto de la política está en llamar al rededor del Imperio, ya viejo, la alegre juventud; que el nombramiento de escritores y abogados, elegidos entre los de más talento y menos edad, deslumbraría á la opinión; que Duvernois sería un excelente subsecretario; que Philis, amigo de Gambetta y de Ferri, pero conciliador en vez de irreconciliable, se ha cerrado las puertas del Cuerpo Legislativo por su sensatez, y debe encontrar las puertas del poder francas, de par en par; que los viejos no sirven para nada y solamente los jóvenes tienen abnegación para inscribirse de antemano y numerarse como futuros vasallos del príncipe imperial; que su único empeño consistirá en ganar provechosos partidarios al Imperio, y prepararse un sucesor al gobierno, y en cuanto los hubiera ganado y preparádose el sucesor, hundirse y oscurecerse en su retiro; que sólo una regeneración, una especie de infusión de sangre nueva puede rejuvenecer y reanimar el cesarismo, y reunirlo y desposarlo con la fecunda libertad. En otra carta del trece, descende á minuciosidades para la definitiva combinación del nuevo gabinete. Aunque no lo dice claramente, se infiere de su propio silencio que nada quiere, absolutamente nada con el ministro Forcade. Es natural. No pasaba de un hombre de mundo, y el Emperador se empeñaba en hacerlo un hombre de Estado. En política tenía el peor de los oficios, ministro interino, provisional, suple-faltas de otros mayores repúblicos, figura decorativa, lo que llamábamos en España durante la última monarquía, un ministro de verano; mala, pésima nota para aquel que pretendía establecer un régimen definitivo, y levantar sobre las ruinas del

Imperio autoritario su Imperio democrático y liberal. Luego el ministro que iba á personificar la nueva política odiaba al ministro que personificó la política antigua. Y no podía perdonar á Forcade haber sido el negro Zamora de Mr. Rohuer. Cuentan las tradiciones que madame Dubarry no se retrataba sino al lado de su negro, para que la sombra de la piel de este hiciese resaltar y brillar la blancura de su femenil piel como las sombras de la noche hacen resaltar la luz de las estrellas; y añadían los maldicientes que Rohuer no pronuncia un discurso sino después de otro discurso de Forcade, buscando á lo Dubarry contrastes ventajosos y sombras propias para el realce de su elocuencia. Monsieur Forcade era un hombre muy mediano para entrar en la pléyade de hombres ilustres con que Emilio Ollivier quería realzar y rejuvenecer el Imperio.

Los tres hombres con quienes principalmente quería contar Emilio Ollivier eran: el conde Daru, Mr. Segrís y Mr. Buffet. El conde Daru debía tener estrechas relaciones con el Imperio. Su padre fué un célebre historiador y un hábil hombre de Estado que ilustró con sus obras y con sus hechos los días del primer Emperador. Sus padrinos fueron el Gran Napoleón y la emperatriz Josefina. Sus primeros años pasaron en colegio napoleónico por excelencia y su primera profesión fué idéntica á la primera profesión de Bonaparte, oficial de artillería. Más á los afectos de su corazón y á las tradiciones de su familia se adelantaron y sobrepusieron las ideas de su mente. Entrado en 1832, á virtud de un derecho hereditario, en la Cámara de los Pares, apasionóse fervientemente por la teoría del gobierno constitucional y por la organización de los poderes públicos que formaban la base del reinado de Luis Felipe. Después que el trono de su rey fué desarraigado por la cólera del pueblo, el conde Daru se inscribió en el partido republicano conservador y protestó contra el vergonzoso retroceso de la dic-

tadura napoleónica en la terrible noche del Dos de Diciembre. Su nombre, su familia, sus recuerdos, su fortuna parecían ligarle al Imperio; pero su conciencia le apartó de todo contacto con el César y le tuvo recluido en su hogar hasta el día crítico del inexperado renacimiento de las esperanzas liberales. Moviéndose por estas esperanzas, luchó como bueho en las elecciones últimas del Imperio y entró como diputado en el Cuerpo Legislativo. Mr. Buffet tenía la misma historia y casi los mismos títulos. Su origen era más liberal y menos imperialista que el origen de Daru. Diputado de los Vosgos, miembro de la izquierda en las Cámaras monárquicas, miembro de la derecha en las Cámaras republicanas, ministro de Luis Napoleón durante la presidencia; redactor de la ley de 31 de Mayo, que limitaba el sufragio universal; después del golpe de estado entró en la vida privada, de la cual no salió sino para ir á la minoría parlamentaria de 1864 y pasar á la mayoría parlamentaria de 1868 como diputado del centro izquierdo y como renovador del gobierno cesarista por la infusión de la libertad. Segrís no pertenecía, como los dos precedentes, al partido orleanista; Segrís era un candidato oficial convertido por la práctica de los negocios y por el soberano influjo que adquiriera dentro del Parlamento á la teoría del Imperio parlamentario. Los hombres, pues, con quienes Ollivier trataba, no pertenecían, no, á esa juventud nacida en los últimos días de Luis Felipe, ó en los primeros días de la República, educada por las doctrinas de la libertad en el odio al Imperio, porque esa juventud pertenecía en alma y cuerpo á los republicanos y á los irreconciliables; el Imperio no se renovaba, sino con eclécticos en filosofía, doctrinarios en política, arqueólogos del Parlamento, naufragos de dos revoluciones, ruinas de otros tiempos, reaparecidos y resucitados, que ni comprendían las nuevas ideas, ni ganaban la voluntad y la conciencia de las nuevas generaciones. Conociendo el futuro

Presidente del Consejo lo mucho que contrariaba á Napoleon encontrarse por todas partes cercado de enemigos, propúsole tambien el nombre de Pietri, corzo, antiguo abogado, funcionario de administracion departamental, sub-prefecto, prefecto, jefe de la policia bonapartista, uno de los amigos más fieles del Emperador; el nombre de Chaseloup, viejo devoto del Imperio, ministro presidente del Consejo de Estado, colaborador en las medidas que trasformaban la politica; y el nombre de Mege, alcalde, diputado provincial, diputado en el Parlamento, partidario de Rohuer, converso al Imperio liberal; nombres todos de bonapartistas sin tacha que decian claramente cómo Ollivier trataba por todos los medios imaginables, de dulcificar la pócima de orleanismo, suministrada á Napoleon por su alquimia politica.

Duvernois, mientras tanto, se ocupaba sólo en los negocios y en las candidaturas personales. Joven, su manía era alabar la juventud imperialista, más podrida y más cancerosa que todos los partidos viejos; y como el Emperador desconfiara de los ardores políticos de los jóvenes, prometiale cordura y prudencia. Mas á pesar de todas sus apologías, de todas sus oraciones por sí mismo, de su lirismo juvenil, no fué Duvernois aceptado ni para el ministerio ni para la subsecretaría de Gobernacion. El 31 de Diciembre Ollivier escribia estas palabras á Duvernois: «Nada desearia tanto como teneros á mi lado; bien lo sabeis. El Emperador participa de mi deseo; pero cree que en vuestro propio interés valdria más diferirlo de manera que vuestro advenimiento fuese más eficaz. Os deseo con toda mi alma que jamás seais encargado de formar un ministerio para que no tropeceis con tantas vanidades feroces.» La carta de Duvernois respondiendo á esta carta de Ollivier es un documento curiosísimo. «Caro amigo mio: habeis tenido la complacencia, antes de ayer, de ofrecerme por medio de Emilio Girardin, y ofrecermé en seguida vos mismo,

la cartera de Comercio en el gabinete que estais encargado de formar: Os he dicho todas mis repugnancias, y os he hecho todas mis objeciones. Mi juventud, mi inexperiencia en la Cámara, mi amistad demasiado conocida al Emperador, extraño cargo, dirigido á los que han luchado valientemente en favor de la libertad por aquellos que defendian el gobierno personal; estas objeciones no me han detenido un minuto, y al saber que los hombres distinguidísimos que forman el centro izquierdo, y los hombres eminentes que forman la izquierda del centro derecho rehusaban el poder, he aceptado sin vacilar un honor bastante peligroso para que todo el mundo lo rehusase.»

«Pero Mr. Magne os ha dirigido las mismas objeciones que yo os he dirigido y sin embargo habeis perseverado. Os doy gracias, pero os vuelvo toda vuestra libertad, declarándoos que me niego á entrar en una combinacion ministerial en que Mr. Magne tenga la cartera de Hacienda.»

«Hé aquí mis razones: no se puede en mi sentir defender el tratado de comercio sino cumpliendo con resolucion las promesas dadas á la industria en el término del tratado. La primera condicion de este programa es el cumplimiento prudente pero atrevido de reformas financieras que Magne no emprenderá jamás. Hay, pues, incompatibilidad de humores entre quien quiere trabajar mucho y un ministro de Hacienda que le niega el medio único de realizar estos trabajos. Además, como criterio general creo que no es práctico el querer coser paño viejo con paño nuevo y que se necesita elegir entre un gabinete de accion y un gabinete de inaccion.»

«A decir verdad, creí que la resolucion del Emperador era incontrastable cuando le ví decidirse por un primer ministro de cuarenta años. Creí que despues de haber dado al país todas las libertades de discusion deseaba dar á estas libertades alimento, entrando resueltamente en la via de las reformas civiles,

financieras, industriales, comerciales. Creí en un 52 liberal. Para cumplir esta obra imaginaba que íbais á llamar á todos esos jóvenes dejados en las sombras por ministros imprevisores.»

«Veia ya cómo os asociábais todo cuanto hay de capaz en la Cámara, en la prensa, en la abogacia; parecíame que á la cabeza de estas tropas de refresco, un general de cuarenta años podria librar con éxito, ó al ménos con honor, batalla decisiva á los que quieren destruir el Imperio y á los que quieren hacerlo su juguete. Bajo estas hipótesis llegaba yo naturalmente; no era ni un favorito ni una casualidad: era una rueda de la gran máquina que íbais á impulsar; y por alto que me colocara vuestra confianza, perdíame en la muchedumbre de los recién llegados. Pero francamente; ¿qué hará mi juventud en medio de un personal incierto, tímido, creído de que el arte de buen gobierno es un arte de retórica, el arte de decir mucho y de no hacer cosa alguna? Os preguntaria á vos mismo por qué os metíais en esa Babel si el deber no os encadenase. Rodeaos, pues, de hombres moderados y prudentes que os moderen; y dejadnos esperar á nosotros. Pero no olvidéis, amigo mio, que Francia está enervada como el hombre que bebiere café y licores continuamente sin comer nada. Si le dais la libertad política sin darle una ocupacion por las reformas indispensables, por el arreglo de los impuestos, por los trabajos fecundos, contraerá la epilepsia, y el gobierno parlamentario habrá de morir una vez más á las mismas causas que tantas veces lo han asesinado.»

«Convenido: cuando queráis formar un gobierno activo, seré vuestro compañero sin condiciones y sin aplazamientos; pero me creo demasiado resuelto para un gabinete mixto y demasiado previsor para un gabinete de inaccion.»

Al cabo triunfó Emilio Ollivier en toda la línea. El ministerio de transicion, puente entre la personalidad politica de Rohuer y su per-

sonalidad política se disuelve, el Emperador le encarga por medio de solemne nota oficial, la formacion de nuevo ministerio. Sin embargo, esta obra se inauguraba bajo tristes auspicios. Uno de los tres fundadores del Imperio, Clemente Duvernois, como hemos visto por la carta precedente, llamaba á los nuevos ministros, perezosos, holgazanes, incapaces, dispuestos á dar libertad pero sin saber conservarla, y prontos á convertir la agitacion saludable, que entonces poseia á Francia, en peligrosa epilepsia. Emilio Ollivier tenia que arreglar su ministerio á las exigencias y á la composicion de la Cámara. Habia en esta una extrema derecha completamente militar y cesarista, que veia de mal ojo todas las reformas concebidas y aspiraba con aspiacion vehemente á rehacer el antiguo Imperio militar con toda su prepotente dictadura. Junto á estos imperialistas ortodoxos, alzábanse los diputados del centro derecho, que pugnaban por constituir un Imperio liberal, pero sin quitarle al Emperador su papel preponderante y su omnimoda autoridad. El centro izquierdo queria más que todo esto, queria la familia de los Bonapartes en el poder, más representando en la historia de Francia el papel que los Oranges en la historia de Inglaterra, y resignándose por consecuencia á ser una dinastía sinceramente constitucional, decidida á declinar la responsabilidad y la realidad del poder en los diversos representantes de las fracciones parlamentarias, y á restaurar el reinado histórico de las clases medias. La izquierda se hallaba profundamente dividida. Unos, á cuya cabeza veíase á Monsieur Thiers, sustentaban la monarquía constitucional circuida de las libertades que se llamaban proverbialmente necesarias. Otros, á cuyo frente veíase á Julio Favre, se inclinaban á la República; pero á una República conservadora, igualmente alejada de la reaccion y de las revoluciones. Los más con Gambetta por jefe, propendian á la República radical, y al armamento del pueblo, y á la se-

paracion de la Iglesia y el Estado, y á todos los dogmas de la más pura democracia, mientras que dos diputados perdidos en las cimas se llamaban irreconciliables y negábanse á toda esperanza en una reconciliacion de los partidos liberales, y en una práctica sincera de la República. Emilio Ollivier pertenecía por sus antecedentes y por sus antiguos compromisos á la extrema izquierda, por su conversion al centro izquierdo, por su encargo de formar gabinete y su deseo de ser complaciente con el César al centro derecho. Así es que nadie calculaba dónde iría aquella inteligencia tan dúctil y flexible, tan expuesta á continuas trasformaciones y cambios. El centro izquierdo celebraba durante la velada del 27 de Diciembre una reunion particular allá en los salones del Grande Hotel. Al mismo tiempo celebraba otra reunion el centro derecho y en el mismo edificio. El prefecto de las serviles complacencias con el pueblo durante la República túvolas mayores con el Imperio despues de su candidatura á la presidencia, y se decidió á formar un ministerio con el centro derecho, prescindiendo por completo de sus mejores amigos. Quiso la casualidad sin embargo, que, un poco distraido y un mucho miope, se equivocase de habitacion y se entrara de rondon en donde los diputados del centro izquierdo estaban reunidos. Imagínese cuál sería el asombro de estos al verle y el asombro de Ollivier mismo al verse en aquel sitio. El afortunado ministro, en los días de la preparacion de su ministerio para despistar á la opinion pública y tener en secreto el cambio próximo, fué á presentarse al Emperador, desde París á Compiègne, envuelto en tupido tapa-bocas desprovisto de sus históricos anteojos, aun á riesgo de romperse la crisma, en coche reservado, completamente solo, y á las altas horas de la noche, no como el Estadista que sirve á su patria, como el conjurado que tiende una celada y que medita un crimen. Ya en medio de aquellos á quienes tenia propósito firme de abandonar, como abando-

nára en otro tiempo á la extrema izquierda, se escusa con su falta de habilidad y de vista, les dice su propósito de entrar en la reunion del centro derecho, y antes de separarse y despedirse de ellos, les lee en alta voz, y con aire de mal reprimido orgullo, la carta del Emperador encargándole con vivas instancias la formacion de un Gabinete. Escusado es decir que el centro izquierdo recibió todas aquellas noticias con grande curiosidad y con viva atencion pero en la más glacial indiferencia.

El centro derecho, por lo contrario, sintióse poseido del verdadero entusiasmo. Su política era la política del emperador Napoleon y de su primer ministro; sus hombres eran los hombres llamados al Gobierno. Despues de tantos programas pomposos, de tantas promesas solemnes, Emilio Ollivier se contentaba con la menor cantidad de liberalismo posible; y huía, para fundar un parlamento y un gobierno á la imagen de ese parlamento, huía de los verdaderos parlamentarios. El jefe del centro derecho era Magne, político hábil, orador consumado, financiero de grandes alcances, diputado de hábil táctica, autor del célebre empréstito de la Paz, que se cubrió treinta y siete veces; uno de los más ardientes cooperadores á la trasformacion del Imperio, como uno tambien de los más convencidos imperialistas. Dado esta situacion política, su mayor empeño consistía en sustentar el Imperio sobre las bases de un liberalismo bastante estrecho y con el concurso de los imperialistas ortodoxos. Pero de pronto insuperable obstáculo se elevó contra esta política. Creyendo Emilio Ollivier que sin Magne, sin su influencia era imposible conservar el centro derecho, lo convirtió en eje de todo su gobierno. Mas demostró Ollivier que desconocia completamente este grupo del cual se consideraba jefe. Dos diputados de alta influencia lo dirigian. Segris, de quien ya hemos hablado y Talhouet, noble de nacimiento, breton de origen, diputado á la Asamblea legislativa de la República, ene-

migo irreconciliable del presidente Napoleon, protestante fervoroso contra el golpe de Estado, reelecto para el Cuerpo Legislativo del Imperio, promovedor de la política liberal y de la restauracion del régimen parlamentario. Estos dos hombres, que Ollivier juzgaba decididos á una política estrecha y á un gobierno puramente de partido, declararon solemnemente que no entrarían á formar parte del ministerio si con ellos no entraban Daru y Buffet, los jefes del centro izquierdo. Naturalmente, esta resolucion desbarataba todos los planes del primer ministro y le ponian en grave aprieto, en apuro gravísimo ante las Tullerías. Llevar los dos jefes del centro izquierdo, los dos enemigos personales de Napoleon, los que habian sacrificado recuerdos imperialistas á convicciones arraigadas, era tanto como humillar en los primeros ensayos de parlamentarismo al jefe irascible del Estado. Pero si las resoluciones de los dos jefes del centro derecho eran irrevocables; si ponian esa indefectible condicion para su ingreso en el ministerio ¿cómo formarlo sin aquellos hombres, verdadero núcleo y fuerza verdadera de la mayoría? Además Ollivier estimaba indispensable á Magne, creyendo que con su ciencia y su experiencia toda dificultad era salvable; y Magne consideraba la presencia del centro izquierdo en el Gabinete incompatible con su presencia. Daru aun era aceptable en las Tullerías, pero Buffet imposible. Imagínabase el Emperador, aquel Emperador dictatorial, omnipotente, arbitrario, dueño de la vida y de la hacienda de los franceses, como caido irremisiblemente del trono, como falto de toda autoridad y de todo prestigio si le obligaban á la forzosa aceptacion de uno de sus más implacables enemigos. Emilio Ollivier en su pueril impaciencia y en su desconocimiento de los hombres dirigióse á los dos jefes del centro izquierdo para que ellos mismos con rasgo digno de heroicos Curcios tuvieran la magnanimidad de persuadir á los dos jefes del centro derecho la revocacion

y el desistimiento de sus resoluciones. Buffet fué magnánimo hasta pedir, rogar, instar, amenazar, pero todo inútilmente. Queríanle sus ilustres rivales dentro del ministerio. Por fin decidióse Ollivier á dar una sola cartera á los jefes del centro izquierdo y en tal sentido, habló con ambos. Pero así como Segris y Talhouet no querían entrar sin Daru y Buffet, estos dos repúblicos, cual los gemelos de Siam, tampoco podían separarse. Buffet no entraba sin Daru, Daru no entraba sin Buffet. El buen ministro universal corria de acá para allá, sudaba la gota mortal, pedía á unos abnegacion, á otros olvido; iba de ceca en meca para coser voluntades opuestas, para unir bajo el yugo imperial caracteres indomables; y luego se encontraba abandonado de unos, conspuído por otros, ridiculizado por todos: castigo merecidísimo á su indecible orgullo. Los periódicos imperiales de la extrema derecha oponían toda suerte de obstáculos y declaraban que era imposible formar y conservar gobiernos dentro del régimen parlamentario. El desengaño fué tan grande, el dolor tan profundo, que Emilio Ollivier, cansado de luchar días y días con vanidades, ambiciones é intrigas, corrió á deponer en manos del Emperador su mandato y á desistir de sus propósitos. Clemente Duvernois, resentido de que no le hubieran llamado al ministerio de Comercio, amenazaba desde su periódico, órgano de las Tullerías, Casagnac, que acostumbraba á manejar la pluma como si fuera un revolver, asestaba á boca de jarro insultos y dictérios contra los napoleonicos liberales; y la corte misma, como que se arrepentía de aquel cambio de política, y se entregaba á los más funestos presentimientos. A medida que las dificultades de Ollivier crecian, se aumentaban las pretensiones del centro izquierdo. Ellos, que en los comienzos hubiéranse creído hartos recompensados con una ó dos carteras, reclamaban las importantísimas de Hacienda y de Estado. Era necesario para esto sacrificar á